

La vida y nada más

Quieto

Màrius Serra
Ilustraciones de Jordi Ribó
Anagrama. Barcelona, 2008
246 páginas. 15 euros

Quiet

Màrius Serra
Empuries. Barcelona, 2008
128 páginas. 15 euros

Por Nuria Barrios

UN CRÍO DETENIDO en el espacio desde su nacimiento es el protagonista de *Quieto*, un libro que, al igual que un zootropo, produce la ilusión de que el niño estático se halla en movimiento. De la mano de su hijo Lluís, aquejado de parálisis cerebral, Màrius Serra guía al lector en un viaje donde la quietud convive con la agitación, los recuerdos con el olvido, el dolor con el amor, el humor con la tragedia, la fragilidad con la resistencia, lo visible con lo invisible, lo dicho con lo no dicho. *Quieto* se adentra en el espacio inexplorado y estremecedor que se abre más allá del ámbito seguro y limitado que designan las palabras. La narración es breve, apenas 160 páginas, pero lo no dicho amplía el eco de lo narrado hasta lugares insospechados dentro del lector. No hay nada más literario.

Quieto no es un diario, aunque sea autobiográfico. El relato cubre los siete primeros años de Lluís Serra, a quien todos llaman cariñosamente Lllullu. "Lluís nació con una grave encefalopatía que la ciencia neurológica aún no ha sido capaz de definir. La terminología médica no pasa de encefalopatía no filiada; el lenguaje popular se las apaña con la fórmula, bastante más clara, de parálisis cerebral, y el lenguaje administrativo lo evalúa como discapacitado con grado de disminución del 85%". El autor utiliza pequeños episodios para hablar de la vida con Lllullu: fogonazos de la memoria, como instantáneas en un álbum fotográfico que, sin embargo, poseen un asombroso efecto dinámico.

Quieto no es un libro de autoayuda, aunque su autor muestre una actitud admirablemente positiva frente a la devastadora desesperación que describía el Nobel japonés Kenzaburo Oé en *Una cuestión personal*, donde narra el nacimiento de su hijo

Hikari con un problema cerebral y su atormentada indecisión sobre dejarlo morir. Màrius Serra no elude el drama, pero evita cuidadosamente el sentimentalismo y acude a la ironía, el sarcasmo y el humor (negro) como contrapesos: el anciano que se arroja junto a la silla de su hijo para rezar a voces en un restaurante de carretera canadiense, la desesperada invocación a Dios en el Vaticano que corta el olor que asciende repentinamente del pañal de Lllullu, la visita a Eurodisney, donde "un cronopio tan radical como el Lllullu" se convierte en un *vip* que sube a las atracciones saltándose las largas colas, la obstinada "teología de la liberación" de la medicina alternativa frente a la ortodoxia médica, las referencias a su hijo

dial de la relajación, vago mayor del reino y otros títulos que nos inventamos a gritos (...). Desde que se fundó este magnífico museo de la ciencia, pocas veces lo debe de haber visitado alguien capaz de reducir la actividad cerebral a un nivel tan bajo". Es un suceso tan leve como dramático. Así se narra *Quieto*.

Como los grandes deportistas, que superan las lesiones con la disciplina aprendida durante sus intensos entrenamientos, Serra remonta el sufrimiento mediante la agilidad adquirida con los juegos de palabras a los que se ha dedicado toda su vida. Ludolingüista, autor de numerosos ensayos, premiados libros de narrativa y miles de crucigramas, Serra es fundador de un país, Verbalia, cuya divisa es: "Jugar, leer, tal vez escribir". Durante muchos años ha llevado las fichas del *scrabble* en los bolsillos, haciendo y deshaciendo frases, atento a nuevos hallazgos verbales. Por el juego sabe del carácter

paradójico de la vida, y así, él, un prestidigitador del lenguaje, no duda en afirmar que su hijo, incapaz de hablar, reír o comunicarse, es su espejo. Serra, experto en ingenios tales como logogrfos, palíndromos, contrapiés, bifrontes o paronomasias, sabe que no hay lingüista más revolucionario que Lllullu, capaz con su mero silencio de subvertir los verbos. "Los tiempos verbales pierden sentido, porque ayer, hoy y mañana son y no son lo mismo. Momentos. Antes y ahora. Siempre".

Quieto, cuya portada ilustra un montaje fotográfico de Lllullu corriendo, es un libro lleno de paradojas. Cuanto más quieto Lllullu, mayor es la agitación que le rodea —hospitales, escuelas especiales, el trajín de la silla...—. Cuanto más vulnerable, más invulnerables se hacen sus padres. Cuanto más silencioso, mayor es su presencia. Cuanto más inexpresivo, más claramente refleja a aquellos que le observan. Y si Lllullu es el espejo en donde se miran sus padres, *Quieto* es el espejo que Serra tiene al lector para que se contemple y vea lo que estaba ahí sin saberlo: una zona en penumbra, más allá de las palabras, que contiene aquella en la que nos movemos. Una vasta realidad abarcadora, y no al margen. Otro espacio y otro tiempo.

En *Quieto* hay guiños a otros artistas como Pau Ribba, autor de la canción *L'home estàtic*, o al escritor Georges Perec en el juego entre el recuerdo y el olvido de las páginas finales. Pero, entre toda la literatura existente sobre hijos con discapacidades, *Una cuestión personal* es la única obra que Serra cita. De ella afirma que es la obra maestra de Kenzaburo Oé. Es muy posible que también *Quieto* se convierta en la obra de referencia de Màrius Serra. Hay sucesos íntimos de los que sólo se puede hablar una vez. El propio autor se refiere al carácter irreplicable de esa perturbadora forma artística que a veces

adquiere el dolor a través de un episodio protagonizado por su hija Carla, pues fue ella la primera en convertir a Lllullu en sujeto literario. La niña ganó los juegos florales de la escuela con una redacción, *El Lluís té una malaltia*. En vista del éxito, al curso siguiente volvió a presentarse con otra narración protagonizada por su hermano, pero en esa ocasión ni siquiera la seleccionaron.

Al final, ficción y realidad se unen: el deseo que formuló una noche Màrius Serra al ver correr a otros niños se cumple. Lllullu, cuya parálisis no le permite ni tan siquiera sostener la cabeza, se lanza a la carrera. Y corre tanto que, cuando el lector cierra el libro, el niño estático marcha a toda velocidad hacia su corazón, salvado para siempre por su padre del olvido. •



Fotomontaje de imágenes en movimiento tomadas por Jordi Ribó.

como "un campeón de las disfunciones" o "un absentista del éxito"...

La literatura, al igual que la vida, es un juego muy serio, y Màrius Serra es un excelente jugador. Uno de los episodios de *Quieto* describe la visita que realiza toda la familia al Museo de la Ciencia de Vancouver. Carla, la hermana mayor de Lllullu, se enfrenta a él en una partida donde gana quien más relajado se encuentra. Ambos llevan unas cintas azules conectadas a una máquina que traslada la actividad cerebral a una bola situada sobre una mesa. Quien menos se relaja atrae la bola. El triunfo de Lllullu sobre su hermana, su madre y su padre es absoluto. "Mientras su madre le fotografía del derecho y del revés con la cinta en la cabeza, Carla y yo le proclamamos campeón mun-

